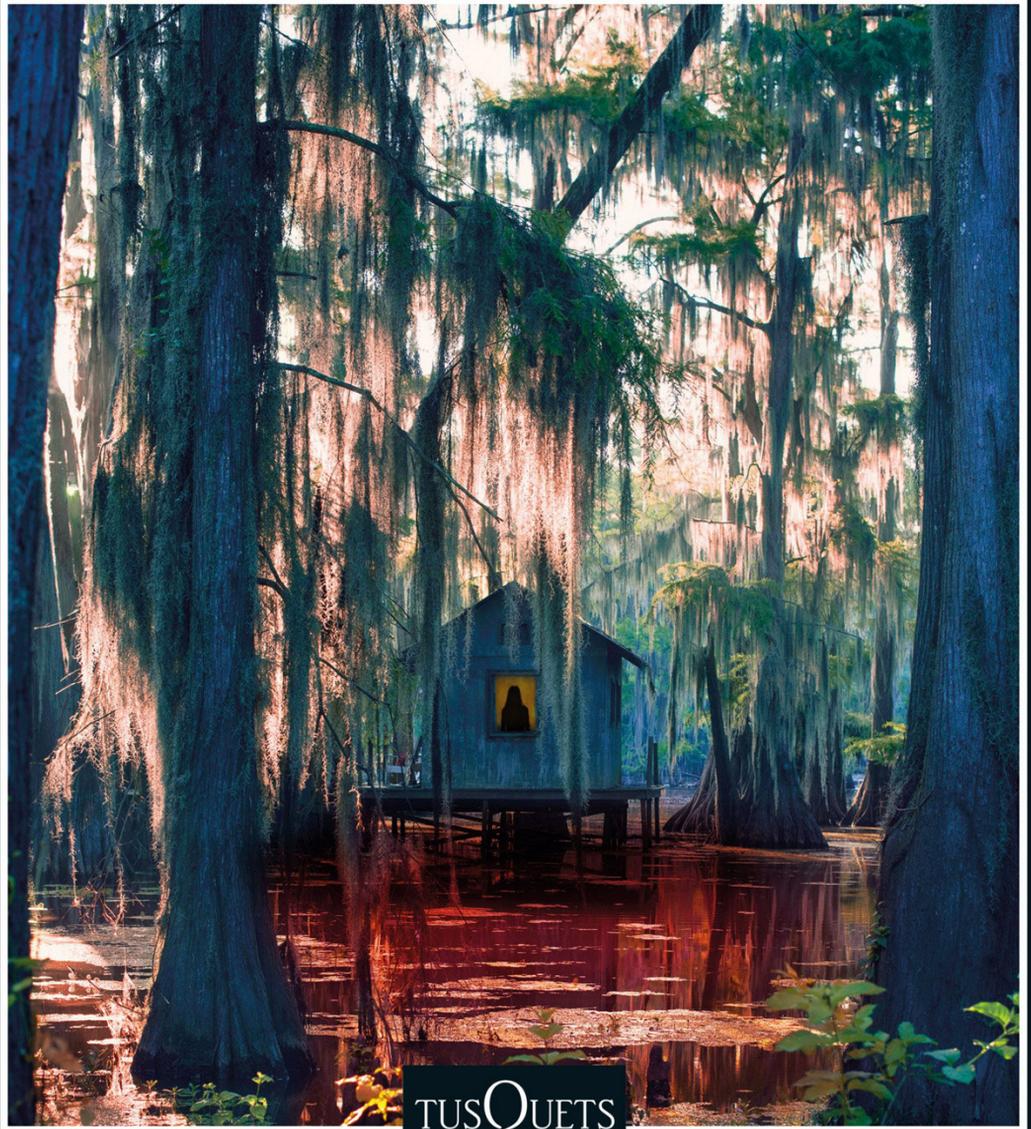


John Connolly

EN LO MÁS PROFUNDO DEL SUR

colección andanzas

SERIE
DETECTIVE
**CHARLIE
PARKER**



TUSQUETS
EDITORES

JOHN CONNOLLY
EN LO MÁS PROFUNDO DEL SUR

Traducción de Vicente Campos

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Primera parte.....	13
Ahora	15
Entonces.....	23
Segunda parte.....	153
Tercera parte.....	283
Cuarta parte	373
Quinta parte	479
Ahora	529
Agradecimientos.....	535

Ahora

La marea irrumpió en la costa, borrando las primeras huellas en la arena, como la memoria de una presencia que se extirpara gradualmente de la historia de la playa. Las huellas eran pequeñas, como las que dejaría un niño, pero ningún niño había andado por allí, o ninguno en el que hubiera reparado Parker; sin embargo, cuando levantó la mirada de su libro, la prueba estaba ante él. Pies descalzos: distinguía las marcas de los dedos y las redondeadas concavidades de los talones y las plantas de los pies. Las huellas acababan a unos metros del árbol en el que se apoyaba Parker sentado en el suelo, como si el visitante lo hubiera estado mirando durante un rato antes de seguir su camino.

Pero las huellas avanzaban en una única dirección y parecían ascender desde el mar: un fantasma que había emergido se había acercado sin que lo vieran para dar testimonio en silencio.

Parker se quitó las gafas, maldiciendo —y no por primera vez— que necesitara llevarlas. Su optometrista le había recomendado unas lentes progresivas, cosa que a Parker le pareció solo un nombre más moderno para las bifocales. Fue un error que era improbable que ella volviera a cometer. Parker consideraba que las progresivas estaban a un paso de los quevedos, o de llevar gafas sujetas a una cadena de oro mientras el aliento le olía a jerez barato. Ahora, con unas lentes normales en la mano, miró a izquierda y derecha, pero no era más que una reacción instintiva, porque en realidad no esperaba vislumbrarla: no esperaba vislumbrar a su hija perdida, el ser que había aparecido.

—Jennifer.

Pronunció su nombre en voz alta y dejó que el viento lo

arrastrara hasta ella. Se preguntó qué la habría llevado hasta allí. Porque no habría vuelto a él sin una razón.

Cerró el libro y se puso en pie para quitarse la arena de los pantalones. Estaba leyendo *Education of a Wandering Man* de Louis L'Amour, y pensó que le habría gustado conocer al escritor. De niño había devorado las novelas del Oeste de L'Amour porque las estanterías de su abuelo estaban llenas de ejemplares, pero no había vuelto a leerlo desde entonces. Parker supuso que había subestimado a L'Amour debido a la naturaleza de sus novelas y a que las había relacionado con los juegos de indios y vaqueros a los que jugaba de pequeño, o con las series de televisión que le habían obsesionado por entonces: *El virginiano*, *Casey Jones* y *Las aventuras de Campeón*. Ahora resultaba que L'Amour era la persona que había leído más obras maestras literarias que Parker, hasta el momento, había conocido, en persona o a través de los libros. Había vivido un tiempo como un vagabundo en los trenes de la Southern Pacific, había trabajado como marinero en buques que navegaban por el Atlántico, había sido boxeador, escritor, y siempre tenía un libro a mano. Parker sentía que había encontrado un alma gemela en L'Amour, aunque una mucho más sabia de lo que él llegaría a ser en toda su vida.

Las hojas otoñales estaban de vuelta, los bosques pasaban lentamente del verde al rojo y el dorado, colores que recordaban una explosión sin humo. El día había refrescado poco a poco a medida que transcurría, y el frío había ido impregnando el aire, no tanto como para que Parker se sintiera incómodo sentado en Ferry Beach, pero sí lo bastante para sacarlo de su lectura y que fuera en busca de refugio.

Pero Parker no quería marcharse, todavía no. Tenía una familiar y perturbadora sensación de que su entorno se estaba distorsionando. El tráfico le sonaba extraño, como si lo oyera a través de la niebla. La luz se había ahumado y adquirido un tono sepia, y el olor del mar estaba ahora saturado de un hedor a descomposición.

Y su hija muerta había venido.

Parker recordó la noche en que murió su madre. Él había estado sentado con ella en el hospital antes de volver a la casa en Scarborough que compartían con su abuelo, y en la que habían vivido juntos desde la muerte del padre de Parker. Su madre estaba dormida cuando llegó, y seguía durmiendo cuando se fue, sin hablar ni moverse durante el curso de su visita. Él se fue cuando caía el crepúsculo, y recordaba que había pensado que el mundo parecía extrañamente distorsionado, con ángulos y una disposición de sus estructuras que ya no eran reales, de forma que tuvo que concentrarse a fondo en la conducción por temor a topar de refilón con otro vehículo, o a subirse a un bordillo al doblar una curva. Se preparó un sándwich en la cocina con unas sobras de ternera y se sirvió un vaso de leche. Dio solo unos mordiscos al sándwich, y lo hizo más por obligación que por hambre. El placer que le proporcionaba la comida había desaparecido en cuanto su madre ingresó en el hospital: ahora él, como ella, sobrevivía alimentándose básicamente de líquidos. Su abuelo dormitaba en un sillón junto a la ventana del salón, y no le había oído regresar. No lo despertó, pues necesitaba el descanso. Quienes tienen las horas contadas no duermen bien.

Cuando se produjo la llamada, poco antes de medianoche, convocándoles a él y a su abuelo al hospital porque a su madre se le acababa el tiempo, a Parker no le sorprendió. Esa tarde, mientras la cogía de la mano, ya sabía que el final estaba cerca. Lo vio en su cara, lo oyó en su respiración y lo olió en su piel y su aliento al darle el beso de despedida. Le pareció que se empequeñecía en la cama, que su esencia vital se desvanecía y que ella se apagaba a medida que desaparecía, y al marchitarse, despedía una putrefacción química.

Cuando llegaron al hospital había muerto. Pensó que cuando llamó la enfermera ya habría fallecido, o que estaría tan próxima a la muerte que no supondría ninguna diferencia, y que la mujer había preferido no dar la noticia por teléfono y dejarles seguir siendo padre e hijo un rato más. Su madre todavía estaba caliente cuando llegaron, y él y su abuelo cogieron cada uno una de sus manos hasta que se enfrió.

Por entonces, Parker salía con una chica de Scarborough, y mientras su abuelo hablaba con un médico en el pasillo, él en-

contró un teléfono público y la llamó. Ella contestó al tercer timbrazo, aunque, a esa hora de la noche, Parker esperaba que fuera el padre de la chica el que contestara. Ella le dijo que no había podido conciliar el sueño, pero no entendía por qué. Estaba sentada en las escaleras cuando sonó el teléfono.

Él siempre la había amado por eso. A veces, pensaba, una persona era capaz de tener intuiciones.

Como en ese momento.

Optó por no demorarse allí y dejar atrás la playa y las huellas. Tal vez él no era el único que había percibido el acercamiento de algo anómalo. Fuera cual fuese el mal que se cernía, también había atraído a su hija, que había acudido a ver qué se estaba tramando, a protegerlo. Varios vehículos le adelantaron en la carretera, pero todos eran extraños y no reconoció ninguna de las caras detrás de los volantes.

Llegó a su casa. La luz de seguridad exterior se encendió con un clic cuando se acercó a la puerta delantera, pero él se giró para ir hacia un lado de la casa y entrar por la cocina. Se había acostumbrado a utilizar esa entrada, porque a veces la casa le parecía demasiado grande, demasiado vacía, cuando accedía por el vestíbulo. Ni siquiera la tentativa de acabar con su vida que casi lo mató —cuando quienes dispararon contra él se acercaron desde los árboles, ocultos en la oscuridad— le había llevado a alterar esta rutina, si bien los sistemas de seguridad adicionales que había instalado tras el ataque seguramente habían contribuido a darle cierta calma, aunque llegara tarde.

Dejó el libro en la mesa de la cocina, encendió una lámpara. Siguió los movimientos del sol según variaba la huella de la luz sobre las marismas saladas, y escuchó la WBQA, la emisora pública de música clásica de Maine. Finalmente reanudó su lectura, y cuando sonó el teléfono, casi lo agradeció, porque sintió que la fuente de las sombras estaba a punto de revelarse por fin. Cogió el teléfono y una voz, que no había cambiado, le habló desde la distancia de los años.

—¿Señor Parker?

—Sí.

—Soy...

—Lo sé. Ha pasado mucho tiempo.

—Así es. Esperaba que nunca más tuviéramos que hablar de esto. Estoy seguro de que usted esperaba lo mismo.

Parker no contestó, y el hombre prosiguió:

—Me pareció que debía saberlo —dijo—. Han recuperado un cuerpo del Karagol.

El pasado nos persigue.

El pasado nos define.

Al final, el pasado nos reclama a todos.